

ABEL HERNÁNDEZ

# El caballo de cartón

# ÍNDICE

NOTA PARA LA NUEVA EDICIÓN, 9

GUÍA PARA CURIOSOS, 15

- I. EL RELINCHO, 17
  2. EL DIARIO, 26
  3. EL OTOÑO, 33
  4. LA CAZA, 43
  5. EL VIAJE, 51
  6. LA FERIA, 60
  7. EL PUEBLO, 66
  8. EL ENCUENTRO, 73
  9. LA FOTOGRAFÍA, 79
  10. LA MADRE, 89
  - II. LA NIEVE, 98
  12. EL TRUJAL, 104
  13. EL RELOJ, 111
  14. LA BÚSQUEDA, 121
  15. EL SUCESO, 127
  16. LA VISITA, 134
  17. EL DESENLACE, 140
- GLOSARIO, 149

## NOTA PARA LA NUEVA EDICIÓN

AQUÍ TIENE EL LECTOR la segunda vida de *El caballo de cartón*, que ha reeditado Pepitas por empeño de Julián Lacalle. Sigue así la misma suerte que *Historias de la Alcarama*. En los dos libros la historia se desarrolla en el mismo escenario desértico y mágico de las Tierras Altas de Soria, en torno a la sierra de la Alcarama, que linda con La Rioja y se asoma a Navarra. Es el país de mi memoria y de mis sueños. El país de mi vida. Sarnago, ahora despoblado, pero que se resiste a morir, es el principal punto de referencia, donde confluyen todos los caminos. No en vano soy el último habitante vivo nacido en la casa de la plaza, que ahora está hundiéndose. Es un dato que ayudará, supongo, a entender mejor el alcance de este relato, cargado de sentimiento y ensombrecido por la despoblación.

*El caballo de cartón*, que fue Premio de la Crítica de Castilla y León, no es una segunda parte de *Historias de la Alcarama*. Va más allá y más adentro, aunque el lector que haya leído uno se encontrará con paisajes familiares en el otro, y notará que le salen al encuentro personajes conocidos, vivos o muertos, y los mismos fantasmas, las mismas costumbres y el mismo lenguaje, estrictamente pegado al terreno. Este libro, como comprobará el que lo lea, tiene vida propia y no carece de una cierta intriga. La memoria de la infancia, reflejada en un cuaderno azul, sirve de guía. Aquel diario termina cuando la infancia del autor acaba abruptamente lejos del pueblo.

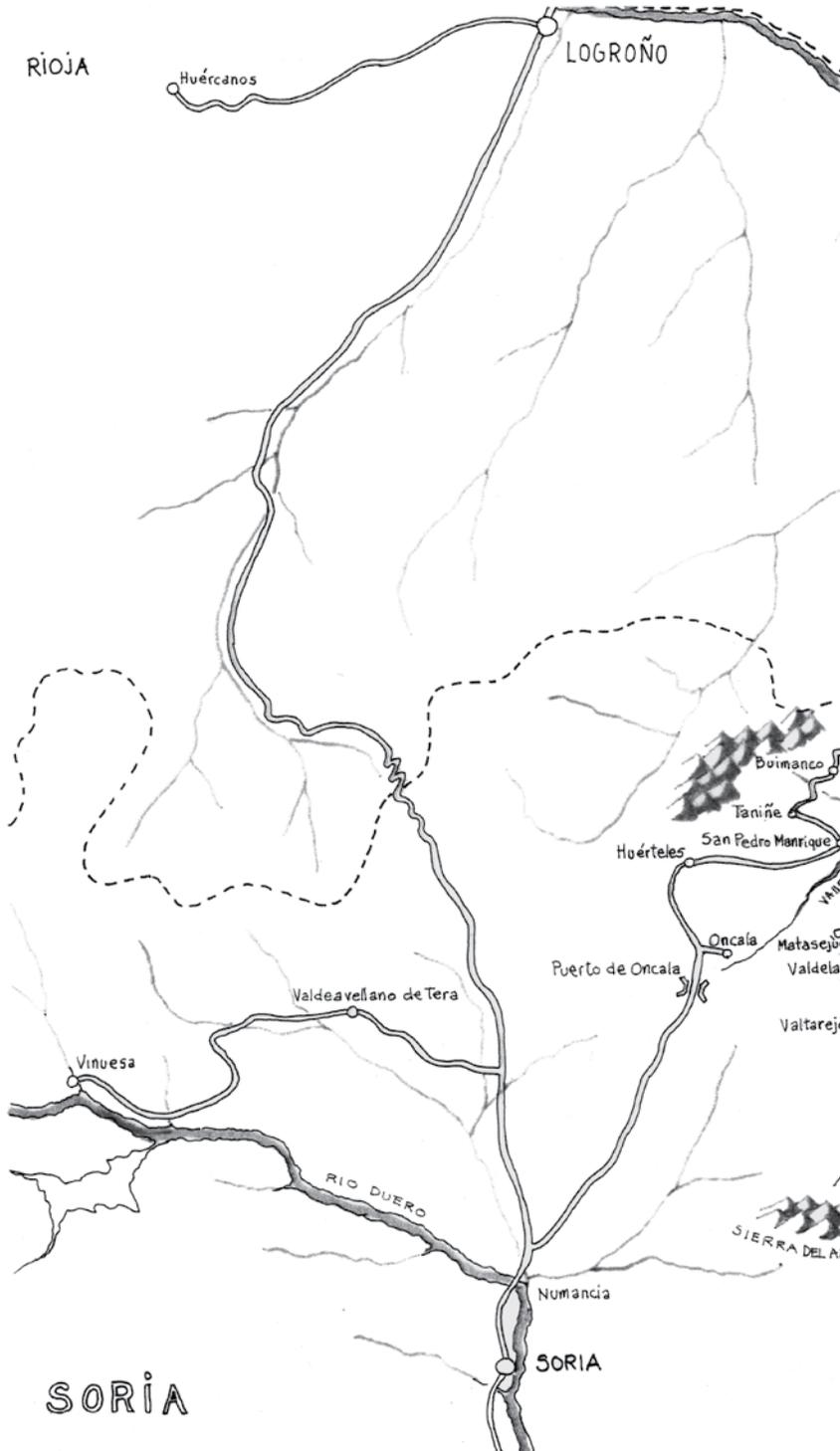
*El azar es el seudónimo de Dios  
cuando no quiere firmar.*

ANATOLE FRANCE

RIOJA

Huércanos

LOGROÑO



SORIA

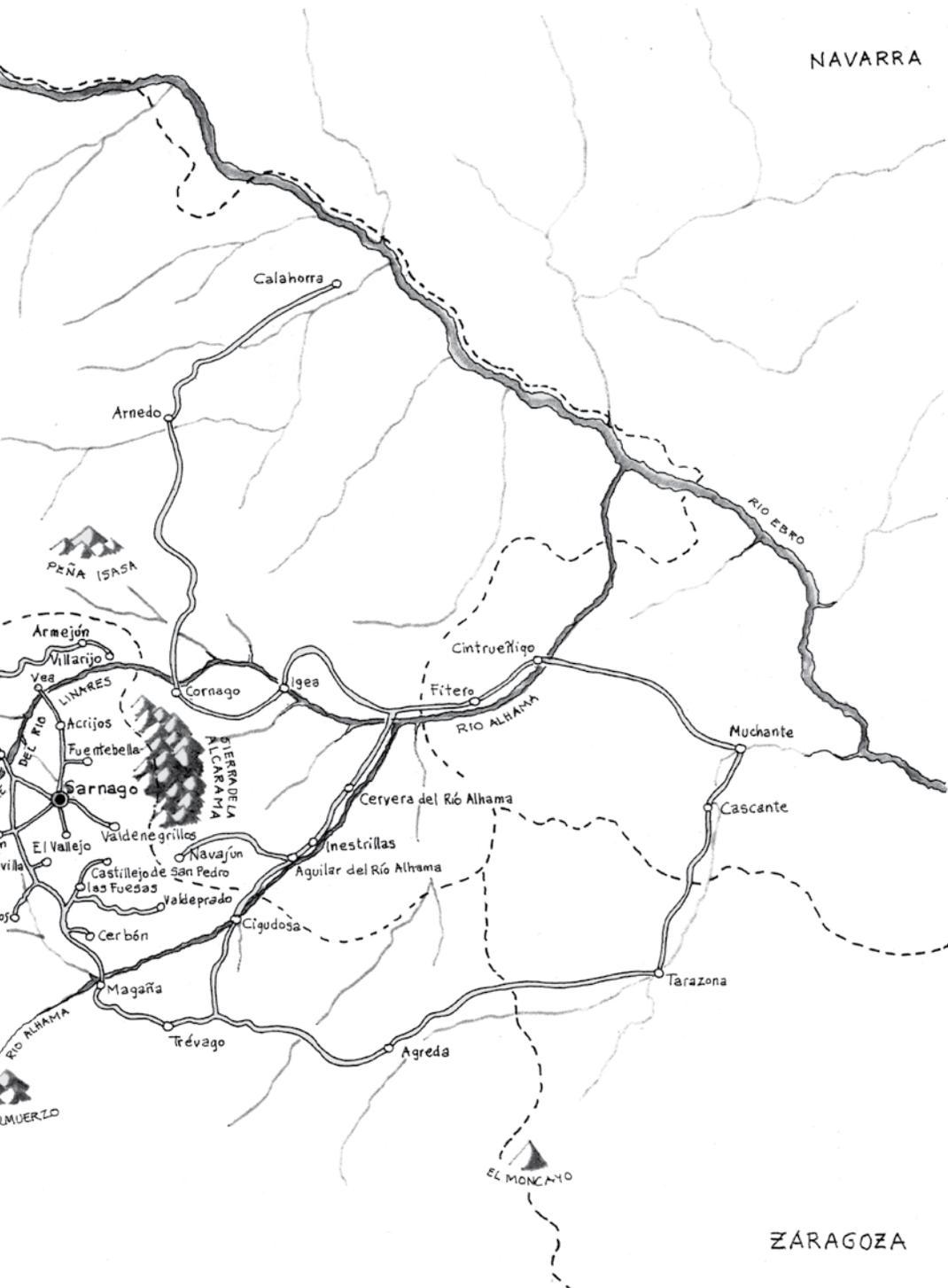
RIO DUERO

Numancia

SORIA

SIERRA DEL A

NAVARRA



ZÁRAGOZA

## GUÍA PARA CURIOSOS

Esta historia se desarrolla, como observará el lector, en el mismo escenario que *Historias de la Alcarama*, con derivaciones naturales hacia La Rioja cercana y hacia la Ribera de Navarra, siguiendo el mismo cauce que las aguas de Sarnago y, andando el tiempo, la corriente de la emigración hasta que quedó el pueblo vacío. Este espacio mágico, desértico y abandonado de las tierras altas de Soria en torno a la sierra madre de la Alcarama es la patria de mi infancia a la que vuelvo siempre irresistiblemente. Es, si no se considera pretencioso, mi *Macondo* particular, el país de mi memoria y de mis sueños.

No es extraño que al que haya leído el libro anterior este escenario le resulte familiar y note que le salen al encuentro personajes conocidos, vivos o muertos, inmersos en un paisaje que ha recorrido antes. Descubrirá las mismas costumbres, parecido lenguaje y hasta los mismos fantasmas, con una mayor atención a las personas de carne y hueso con las que me senté en los bancos de la escuela y que la vida dispersó sin misericordia. También ocupan lugar preferente los animales domésticos. ¡Ah, mis caballos y mis perros y las gatas de la abuela! Este solapamiento de imágenes y experiencias da continuidad al relato, sin que *El caballo de cartón* sea propiamente una segunda parte de *Historias de la Alcarama*. Va más allá y más adentro. El autor cree que esta es una historia con vida propia, fruto de la imaginación, pero sacada de la realidad. Confieso que mientras la escribía he sentido una extraña, inusual

carga de emoción, de la que espero que el lector se haga cargo a medida que avance en su lectura.\*

abelhernandez2000@hotmail.com

---

\* Al final del libro, en la página 149, hay un glosario que facilitará la lectura (N. del e.).

## I. EL RELINCHO

Al entrar en el pueblo me pareció oír el relincho de un caballo. Era imposible. Hacía muchos años, desde que murió el pobre Aurelio, el último vecino, que en el pueblo no quedaban caballos. Ni machos, ni burros, ni ovejas, ni cabras, ni gallinas. Nada. Por no quedar no quedaba un alma. Solo unas vacas negras de un arrendatario de San Pedro, que pastaban, intrusas, en los prados del Cerro, debajo del ejido, y que deformaban el paisaje tradicional. Pero yo juraría que justo al entrar en la plaza había oído el relincho inconfundible de un caballo.

—¿Has oído eso?

—No, ¿qué?

—El relincho.

—¿Qué relincho?

Mi hermano parecía extrañado. Me callé, pero estaba seguro de que un caballo había relinchado cerca. Es más, el sonido animal procedía, según mis cálculos, de la cuadra de la casa abandonada donde nací, que estaba justo enfrente. Como si la vida echara marcha atrás y todo comenzara de nuevo, como si siguieran allí el «Tordillo», el «Castaño» y el «Lucero», los tres caballos de mi abuelo con los que conviví de niño. La casa lleva más de treinta años cerrada. Enfrente, en la pared de la escuela, permanece bien visible desde hace años la única pintada del pueblo:

*Sarnago cuanto más te miro más me dueles*

Me consolé recordando que con frecuencia la tristeza y la soledad, lo mismo que el vino, excitan la fantasía y provocan falsas sensaciones. ¿Sufriría yo al entrar en el pueblo abandonado una grave alteración en mi estado de conciencia?

Seguro que son imaginaciones mías, pensé. También el Antonio, el cazador, hermano del Pablo el de la Granja de Valdeavellano, me contó el otro día que estando con sus sobrinos en Villarijo, otro pueblo abandonado, le ocurrió un extraño suceso: oyó, mientras bebían agua en la fuente, que tocaban las campanas. Se sobresaltó y le picó la curiosidad.

—Es raro, aquí no hay un alma; voy a ver quién toca las campanas a estas horas.

—No vayas, tío, que serán fantasmas. ¡No vayas!

El Antonio, que no cree en fantasmas, desoyó los temerosos ruegos y se acercó a la iglesia con la escopeta al hombro. Cuando estaba en la puerta se asomó al interior del templo vacío, sin retablos, imágenes, candelabros, bancos, ni altar, y las campanas volvieron a sonar con más fuerza y más cercanas. No había viento. Miró a la torre y no vio a nadie. Pero, según me confesó, no se atrevió a subir al campanario. Lo más extraño de todo era que las campanas de Villarijo no podían tocar solas porque hace mucho tiempo que el campanario está sin campanas.

Tampoco relincha un caballo si no hay caballo. Un alma en pena acaso podía tocar las campanas, aunque no hubiera campanas, por puro entretenimiento o para llamar la atención a fin de que sus deudos ofrecieran sufragios por ella o incluso para avisar a los descreídos de que existe el más allá; pero, que se sepa, no hay fantasmas de caballos ni a los aparecidos les ha dado nunca por imitar el relincho alegre y nervioso de los caballos. La imaginación tiene sus límites, aunque es verdad que con frecuencia no se detiene en el límite del absurdo, como sería lógico.

Según la leyenda árabe, cuando Dios quiso crear el caballo, dijo al viento sur: «De ti produciré una criatura que será la honra

de mis allegados, la humillación de mis enemigos y la defensa de los que me acatan». «Sea», respondió el viento. Él cogió entonces un puñado de viento y creó el caballo.

Desde luego, el relincho de un caballo es una ráfaga de viento que nos saluda o nos interpela.

Abrimos el portalón y atravesamos a duras penas la entrada de la casa, cubierta de zarzas y lampazos. Cuando entramos en el portal no pude contenerme y me asomé disimuladamente a la cuadra vacía con la remota esperanza de contemplar un milagro; pero no había ningún caballo, ni huella suya en el suelo, ni briznas de esparceta en los pesebres.

Tenía yo nueve años cuando murió el «Tordillo». Fue mi primer caballo, un animal grande, de pelo entrecano, manso, que te miraba con ojos tiernos y que recibía la comida con un breve relincho. Yo le acariciaba las orejas y le pasaba la mano por el suave bello, y él me enseñaba sus grandes dientes amarillos. Después le daba un trozo de pan o un puñado de heno y él me lo agradecía moviendo las orejas hacia delante y hacia atrás mientras lamía con cuidado mi mano, acariciándola. Mil veces lo monté a pelo, con mis piernas pegadas a su piel, sin que hiciera nunca un extraño. Lo llevé a la dula, al bebedero, al molino. Recorrí con él los caminos polvorientos acarreando la mies a la era y las veredas del monte, cargado de leña.



Un día se puso malo. Era ya muy viejo. Amaneció tumbado en la cuadra con el vientre hinchado. A duras penas consiguieron entre varios que se pusiera de pie. No se sostenía. Me miraba con sus ojos tristes como si se despidiera o como si pidiera ayuda. Los hombres le abrieron la boca a la fuerza y le obligaron a beber no se qué remedio casero en una pequeña botella verde. Olía a manzanilla y aguardiente.

—Si consiguiéramos que meara... —dijo el tío Sotero.

Y empezamos a hacerle «ssssss» para animarle. Todo fue inútil. Se volvió a echar pesadamente y ya no se levantó. Murió a la mañana siguiente. Mi madre y los tíos pasaron la noche en vela a su lado. A mí me mandaron a la cama. Después lo arrastraron por la plaza, por las eras, por el ejido hasta la cañada. Lo enterraron, según la costumbre en estos casos, en el barranco enfrente del prado del Chunfa, junto al camino de Horcajo. No se dejaba a la intemperie por temor al carbunco. Cuando llegaron las lluvias y arrastraron la tierra del barranco, los quebrantahuesos volaron en círculos concéntricos. Y un día, pasado algún tiempo, contemplé brillando entre las piedras su blanca calavera.

Lo mismo habían hecho con el macho cuatro o cinco años antes. La muerte del «Chirri», el mulo familiar, debió de afectarme tanto que los Reyes me trajeron unos meses después el regalo que más ilusión me ha hecho en toda mi vida: un caballo de cartón con ruedas y con un aparejo de carne de membrillo.

Desde entonces, hasta hoy mismo, cuando paso cerca de este cementerio de caballerías, al final de la cañada, siento un respeto parecido al que me sobreviene cuando camino de noche junto a las tapias del camposanto, como si el espíritu de los animales muertos pudiera vagar libremente y cruzarse en nuestro camino en forma de ráfaga de viento.

Mi hermano abrió la puerta de la escalera. Había que dar un breve repaso por dentro, como siempre. Ese era el motivo convenido. En realidad, la casa era el paisaje de nuestra infancia y nos

atraía irresistiblemente, de tal manera que no podíamos irnos sin entrar, aunque tanta desolación nos amargara el día. El hogaril estaba cubierto de hollines, pero la chimenea resistía, en el cuarto nuevo había una peligrosa mancha de humedad y en el cuarto de afuera, donde yo nací, se había abierto más la grieta junto a la ventana y era peligroso acercarse. Peligraba hasta el Sagrado Corazón que seguía entronizado en el rincón al lado del sofá de madera.

Subimos al somero. El desván, que sirvió de granero y ocupa toda la planta superior, es ahora un trastero de objetos rotos e inservibles. Fuertes machones de madera sostienen milagrosamente el tejado. Aquí y allá se filtran rayos de sol a pesar de que ya no hay nidos de gorrión ni de tordo bajo las tejas porque los pájaros también han huido.

—Habrá que retejar.

—Sí, habrá que hacerlo si no queremos que se hunda.

En el somero solo tienen interés las arcas, donde aún quedan papeles viejos y libros antiguos. Todavía no sé qué me llevó a rebuscar ese día en el rincón detrás del cabecero de la cama. Era un sitio inhóspito y oscuro al que nunca nos acercábamos.

La vieja cama de madera, con el redondo cabecero rústico pintado de verde manzana, había permanecido desde siempre adosada a la pared de ese rincón, subiendo a la izquierda, a cuatro metros del ventanuco, casi una tronera, que da al corral de atrás. Desde niño había visto allí, inamovible, como una reliquia doméstica, aquel trasto extraño. Siempre pensé que debía de ser mucho más antigua que las de hierro del siglo XIX que ocupaban todas las alcobas de la casa. No hacía falta ser muy experto para sospechar que el cabecero llevaba en el mismo sitio, cubierto de polvo y telarañas, más de un siglo. ¿Qué misterio encerraría? ¿Cómo no se le había ocurrido a nadie en tantos años convertirlo en leña para la lumbre o rehacer la cama y darle utilidad? El hecho de que esté al lado de un arcón de nogal con libros eclesiásticos antiguos me llevó a pensar que acaso se tratara de la cama de don Benigno, el cura, hermano de la abuela Bibiana, que

murió a los treinta y tantos años en la Ventosa en olor de santidad y que está enterrado en el camposanto de Sarnago. Pero esto no deja de ser una especulación más.

Movido por una repentina curiosidad, me acerqué, removí con cierta aprensión aquel trasto viejo y lo separé de la pared para ver qué había detrás. Fue, como digo, un impulso repentino, como si una fuerza extraña me empujara a hacerlo. Lo que vi en la penumbra y palpé a tientas con las telarañas envolviendo mis manos hizo que mi corazón latiera acelerado como si hubiera encontrado por fin el tesoro familiar: el oro que, desde la muerte del bisabuelo Diego, habían buscado inútilmente las distintas generaciones.

—¡Mira lo que he encontrado!

—¿Qué?

—Mi caballo de cartón.

—¡Bah!

Lo saqué a la luz. Le faltaba una ruedecilla y tenía una oreja rota. El cartón-piedra estaba lleno de rozaduras y sus colores originales —canela oscuro, con el cabestro verde y las crines y el rabo rojos— aparecían un tanto desvaídos, tal como figuraban en mi último recuerdo. Lo acaricié. Volvíamos a vernos después de tantos años por esas cosas inescrutables del destino. El azar, más que la libertad, marca la vida de los humanos. Un viaje, un encuentro inesperado, una conversación en la barra de la cafetería... Un detalle mínimo puede cambiarlo todo. Lo sé por experiencia. Todas las vidas son azarosas. ¿Nos mueven desde fuera como muñecos de guiñol? ¿Hay una poderosa mano que maneja los hilos desde más allá de las estrellas? Eso parece. No queda más remedio que creer en la fatalidad o en la providencia.

Una fuerza extraña me había llevado a revolver en aquel rincón del somero por primera vez en mi vida. Y allí estaba el caballito de cartón que me habían dejado los Reyes Magos en la ventana del cuarto de afuera, a pesar de la fuerte nevada de aquel día, y que se convirtió en el juguete de mi infancia. Nunca lo olvidé. Él seguía

siendo el mismo más de sesenta años después. Y yo también. Todas las células de mi cuerpo habían cambiado desde entonces, se habían renovado por completo varias veces y me empezaba a hacer viejo, pero seguía siendo yo mismo. Evidentemente el núcleo principal de mi personalidad no dependía solo de las neuronas. Era algo permanente, intangible, espiritual... Sentí de pronto una euforia desacostumbrada. Con el caballo de cartón en mis brazos me reconocía plenamente y volvía a ser por un momento el mismo niño que fui. En todo este tiempo no había perdido mi identidad y ahora recobraba con especial lucidez la memoria de la infancia. Puede que descubriera también por fin el sentido de la vida.

—¿Qué? ¿Nos vamos? —sugirió mi hermano, ajeno a lo que me pasaba—. Se está haciendo tarde.

—Espera un momento; déjame que eche ahí un último vistazo.

Decididamente esto no podía ser obra de la casualidad. El espíritu de alguno de los antepasados me había conducido ese día al pueblo, a la casa abandonada y a aquel rincón del somero. No tuve que rebuscar mucho. Enseguida me llamó la atención una arquita de madera. La saqué a la luz. Era una arqueta de pino de unos treinta centímetros de largo por quince de ancho y otros tantos de alto, con un llamativo remiendo de chopo, en el que alguien había escrito a tinta con letra cuidada del siglo XVIII la palabra «BARCOS» repetida, ensayada con la B solitaria y con BAR en distintas posiciones. La arquita de pino no tenía llave y estaba aquerada. La abrí temblorosamente. No me habría producido más emoción encontrar el Arca de la Alianza. Allí estaba el cuaderno azul con el diario que me aconsejó escribir mi abuelo en el otoño de 1948, otro cuaderno de la escuela con dictados y problemas, la foto de todos los niños en la plaza con don Juan, el maestro; la mortuoria de mi padre, el libro de familia, varias cartas, *Un libro para los niños*, de Saturnino Calleja, el *Catecismo histórico* de Fleury con primorosas ilustraciones y, entre sus páginas, el estuche de papel de una hoja de afeitar «Palmera plata». Además de mi «Diario» perdido, que tantas veces